



DOMINGO GOMEZ ROJAS, QUE EN EL CIELO NO ESTAS

Fue José Domingo Gómez Rojas un poeta social, que, según él mismo, iba a ser el más alto de los poetas chilenos. Sueños egocéntricos de un niño genial y complicado, al que muchos acusan de anarquista, hecho improbable, y que, sin embargo, tiene sus razones, ya que en la época en que el autor escribió y era fósforo mayor (miembros de siglo), el anarquismo era una presencia clara en muchos países, ya que representaba una forma de lucha contra los sistemas conservadores capitalistas dominantes, sin olvidarnos que el anarquismo era una forma alternativa al socialismo científico. El idealismo anarquista habla claramente en las clases laboriosas y hasta en los Estados Unidos su presencia era muy manifiesta. (Nadie olvidará que la mayoría de los mártires de Chicago eran anarquistas), y el pensamiento libertario en América tenía en el doctor Gherardo, argentino, una figura enorme que seguía los pasos del peruano González Prada. Los casos históricos de anarquismo que surgen en Pierre Joseph Proudhon y Miguel Bakunin, tenían continuadores en el francés Sébastien Faure, en la norteamericana Emma Goldman, en el español Francisco Ferrer y principalmene en el italiano Enrico Malatesta, el más interesante pensador de esa doctrina en este siglo veinte y un muy consecuente luchador.

El período anarquista estuvo marcado por el terrorismo individualista, nacido obviamente de las excesos provocados por los gobiernos fernandistas, explotaciones y miserias que tranzaban la mayor parte del orbe.

Quizás la obra poética de Gómez Rojas le haya significado el ser mártir como ácrata. En su poesía existe la convicción de que el pueblo, Cristo pobre y de mismo pueblo como defensor de los desposeídos. En su mártir Gómez Rojas explica esa extraña y fanática unión en un poema suyo escrito en la cárcel un día antes de su muerte, el 28 de agosto de 1920, cuyos últimos seis versos dicen:

<dasta que, cara a cara, relate a Dic mís querellas
para que Dic mís conteste: »¡Hijo! ¿Te han atajado?»

Por eso nadie importa, Madre, que a tu buen hijo
los pobres nombres querer herir. ¡Piedad por ellos!
Piedad. Piedad. Piedad. Mi amor ya los bendice:
que la luz de los astros les peñe los cabellos!»

Hay aquí algo del testimonio del mártir de Cristo. El poeta, una vez más y ahora en situación muy dolorosa, se siente representante de una fuerza superior: Dios. Insiste, en uno de sus poemas, Yo te perdono, se hace en el último verso: «y pensé que también yo soy un Cristo...». Sus creencias religiosas son extremadamente arcaicas y literatizadas, y en eso se acerca al mundo de muy pocas ideas. Su socialismo libertario está constantemente atormentado por la justificación de una justicia posterior, divina.

Sin embargo, esa poesía de Gómez Rojas, no ensalza al cristiano importante que hay en él, aunque no se pueda disconocer la belleza de sus poemas con «dioses» religiosos como los titulados La Biblia y, principalmente, Estandarte. El coro es bueno en estos y en varios otros poemas y adquiere gravedad y significación en las generaciones posteriores con su poema Misericordia; acuerda ese «yolismo» y esa agotadora presencia cristiana en la obra de Gómez Rojas en su justificación para no considerarlo un interesante activista social. Amó al pueblo, era de una voracidad sorprendente (quizás más en acción que de construcción política libertaria), y por ello se encendió contra el gobierno iniciado de Santander y de su Ministro Asturias, que lo encarcelaron, lo torturaron y lo ejecutaron en la Casa de Orates donde murió.

Esto no es de extrañar: Los gobiernos de la época suelen buscar una víctima, no un mártir. Una víctima para alienar a los que le entran. Un mártir es un enemigo que crece al morir, aunque nunca tanto como para edificar alijo un apuesto sacerdote por el gran capital, el robo, el ocio, el trámen, y sólo porque el pueblo, esa mesa amarga, no suele tener un cuerpo compacto. Así lo precisó el escritor Antonio Arevalo Hernández al referirse al funeral de Gómez Rojas: «Apenas salió de la necrópolis la muchedumbre, siempre dispersa e impersonal, comparsa siempre, se disolvió y se despersonalizó. ¿Y los restos del gran poeta, de gran defensor del pueblo? Ni quedaron cubriéndose poco a poco de olvido». Luego Arevalo Hernández se queja de cómo la memoria de poeta se ha ido borrando y hoy, pasadas casi diez décadas de su muerte, advierten que el recuerdo de Domingo Gómez Rojas es casi nulo.

Este número de Palabra Escrita intenta recordar parte de lo que fue y de lo que escribió el vale martirizado en Chile sacrificado de comienzos de siglo, en que las manchas de sangre se persistían por la patria entera, dejando su más grande memoria en la Escuela Santa María de Iquique.

Para la buena memoria de un país un buen nombre: Domingo Gómez Rojas. Para recordar con los dos nombres: Santander, Presidente de Chile y su Ministro Asturias, ambos asesinos. Asesinos de barro que bien pudo quizás haber sido uno de los grandes poetas que Chile habría tenido si su vida no hubiese sido abierta por los homicidas nombrados.

JOSE G. MARTINEZ FERNANDEZ
Santiago de Chile.
Mayo de 1990.

-3-
PALABRA ESCRITA N° 33 (Mayo 99) 584228

Domingo Gómez Rojas, que en el cielo no estás [artículo]

José G. Martínez Fernández

AUTORÍA

Martínez Fernández, José G., 1949-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Domingo Gómez Rojas, que en el cielo no estás [artículo] José G. Martínez Fernández

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)